

RAFAEL ALBERTI EN LAS VENTAS. APUNTES SOBRE DOS TARDES

José María Balcells
Universidad de León

Si apenas pudo presenciar corridas de toros el poeta Rafael Alberti en los largos años de su exilio argentino y romano, debió ser especialmente emotivo para él ver festejos taurinos de nuevo en España, tras el regreso a su patria desde Roma el 27 de abril de 1977. Retornado a su país, tuvo el gaditano la oportunidad de ver y vio, en directo, varias corridas en Las Ventas y en plazas andaluzas, así las de Trebujena, Jerez de la Frontera, y el Puerto de Santa María, algunas de ellas junto a José Bergamín, o con el médico cirujano José Luis Barros.

No dejó de ver Rafael Alberti algunas corridas por televisión -en sus últimos tiempos en la pequeña pantalla de su casa de Las Villas, en El Puerto de Santa María. En esos festejos vería a varios de los mejores toreros del último cuarto de siglo XX y a los que con ellos compitiesen en cada una de las tardes de toros presenciadas. Pero en estas notas vamos a considerar únicamente dos festejos venteños a los que el portuense asistió en los primeros años de su vuelta a España, festejos que pueden documentarse de manera fidedigna, aunque por dos medios de prueba muy distintos.

CORRIDA DE BENEFICENCIA DE 1979

Por constituir un hecho insólito en su obra poética, debe subrayarse su asistencia al coso de la calle de Alcalá para presenciar la corrida de Beneficencia de junio de 1979, presidida por el monarca Juan Carlos I, y de la cual se le ocurrió ser cronista, pero en verso. Al término de su relato rimado, al que puso el título de «Crónica romanceada de Juan Panadero sobre la corrida de toros de Beneficencia», consignaba lo que sigue: «Madrid. Plaza de las Ventas (23 de junio de 1979)». Esta composición reviste gran originalidad, porque se trata de un atípico ejemplo de periodismo taurino elaborado en octosílabos y que describe una corrida de toros presenciada desde el principio hasta su término, relatándola el mismo día de celebrarse, como suelen hacer los cronistas profesionales que trabajan para un medio de comunicación diario.

El pésimo resultado artístico del festejo que se refleja en la negativa crónica de Rafael Alberti se ajusta fidedignamente a cuanto sucedió aquella tarde en el ruedo madrileño, como lo acredita que el tan solvente crítico taurino Joaquín Vidal, en su comentario publicado el día 24 en *El País*, titulase su artículo del modo que sigue: «Otro escándalo en Las Ventas. Los inválidos de la Beneficencia». Esa invalidez, y aún carencia absoluta de casta, la delató el poeta en sus versos al testimoniar que las reses de la ganadería de Ramón Sánchez que iban apareciendo en la arena no eran sino «Toros de enfermería, / toros sin convalecencia...», y no sin referirse a ellos previamente con la metáfora del rayo «(Seis rayos que se apagaban / antes de que se encendieran)» que fue característica de Miguel Hernández para aludir a los astados. Y por supuesto que, tan buen aficionado como siempre lo había sido y lo seguía siendo, tildó el hecho como una verdadera «estafa a un pueblo que quiere, / pura y sin mancha, su fiesta!». Con estas palabras remarcaba la simbiosis entre la tauromaquia y España, poniendo el debido énfasis en que la casta, la bravura, y la integridad del cornúpeta consti-

tuyen la más válida justificación ética de la existencia y continuidad de las corridas de toros, pues en caso contrario suponen «...un sacrificio inútil, / triste, helado, sin conciencia».

Mala suerte la de los espectadores, y particularmente la suya, pues, no solo como aficionado, sino sobre todo como intérprete de la entraña más popular del ser español, haber asistido ese día tan señalado, e ilusionante por el postín de la terna que iba a trenzar el paseíllo, a una convocatoria taurina que derivó en un bochornoso fiasco. En consecuencia, le decepcionó muchísimo lo acontecido en la arena en la medida que estaba ansioso de ver toreo de quilates y de comprobar el reflejo de una España renaciente muy distinta a la que instauró el régimen del general Franco. Resulta bien lógica, por tanto, la apostilla colocada al término del poema: «(¡pobre Juan que apenas viste / toros después de la guerra!)», en autorreferencia al personaje de ese emblemático y generalizador nombre de pila y *alter ego* suyo en su libro de 1949 *Coplas de Juan Panadero* y en el de treinta años más tarde, de 1979, *Nuevas coplas de Juan Panadero*.

Pudiera uno creer, y tampoco sería insensato creerlo, que Rafael Alberti ansiase asistir al triunfo de otro gaditano de El Puerto de Santamaría, Galloso, en ese infausto día de toros, además de complacerle obviamente que triunfasen también los otros dos diestros. Empero, de lo que dejó constancia en el poema fue de lo mucho que se perdió el público al no poder ver desplegado el toreo de capa, aunque no solo de capa, del matador abulense-salmantino Julio Robles, a quien nombra en este pasaje:

¿Dónde estuvieron las largas
revoleadas, las bellas
verónicas, los faroles,
chicuelinas, gaoneras,

tantos adornos que al aire
llenar de luz y sorpresa?
(¡Robles, lo que hubieras hecho
si el toro te respondiera!).

En un momento anterior de su poema había caracterizado el concepto artístico de Julio Robles como de «la línea fina, la clásica / y tauromáquica esencia», demostrando lo puesto al día que estaba en materia taurina pese a vivir tantos años lejos de España, primero en Argentina, después en Italia. Conocía de sobra Rafael Alberti los rasgos que distinguieron al espada castellano, como también los que destacaron en el jienense Palomo Linares, que fue cabeza de cartel, así como los que singularizaban a su paisano José Luis Fera Fernández, apodado Galloso en los carteles, que representaba esa tarde «...el aire con la espuma / gaditana y salinera». Toreros los tres de vitola, a su entender ellos iban a ser asimismo perjudicados por la parte de responsabilidad que pudiera corresponderles al haberse comportado como «desganados cómplices / de una perdida pelea / en que más perdéis vosotros / que lo que pierde la fiera», les echó en cara sin más contemplaciones.

FESTEJO ISIDRIL DEL 27 DE MAYO DE 1982

Situémonos ahora casi tres años después. Otra corrida de toros en Las Ventas presenciada por Rafael Alberti que puede atestiguar a ciencia cierta fue la lidiada el 27 de mayo de 1982, un jueves del ciclo isidril. Con toros de la ganadería badajocense propiedad de don Félix Cameno, actuaron esa tarde el alicantino José Mari Manzanares, el trianero Emilio Muñoz y el madrileño José Cubero, Yiyó. El dato de la asistencia del poeta en el coso se lo debo al gran aficionado, escritor e investigador taurino José Campos Cañizares, a quien todos debemos aportes a la tauromaquia de verdadero calibre, como por ejemplo su relevante y concienzuda monografía *El toreo caballeresco en la época de*

Felipe IV: técnicas y significado socio-cultural, publicado por la Editorial Universidad de Sevilla en 2007.

No se perdió el festejo José Campos Cañizares, y ha tenido la precaución de seguir conservado la entrada con la que accedió al recinto, además del programa de mano del evento. Y es justamente ese programa, en concreto su portada, el documento que sirve como aval inequívoco de que Rafael Alberti fue a Las Ventas ese día. Al reconocerle unos minutos antes de la corrida, se acercó al autor de *Marinero en tierra* y le preguntó si podría estampar su firma autógrafa en el referido programa. El portuense accedió. Como gracias a José Campos Cañizares tengo a la vista el programa mientras escribo estas líneas, compruebo que la ilustración de la portada reproduce una de las estampas, la número catorce, de la serie de Francisco de Goya titulada *La Tauromaquia*, la cual consta de treinta y tres. La reproducida lleva la siguiente anotación: «El diestrísimo estudiante de Falces, embozado, burla al toro con sus quiebros».

Y ahí, en un espacio sobre el grupo que forman el estudiante de la localidad navarra de Falces y el toro, estampó el poeta una firma que no solo tiene el valor de reafirmarnos en su más que probada afición a la tauromaquia, alimentada con la periódica asistencia a los ruedos siempre que la ocasión lo propició, sino que aporta un dato bien valioso susceptible de ser implementado en su biografía. José Campos Cañizares me informaba de que ese día Rafael Alberti se sentó en la zona del tendido alto del 6, quizás en la fila 16. Iba acompañado de un par de personas, un hombre joven y una mujer a quienes no le fue dado identificar.

Aunque identificarles no alteraría el hecho que más nos interesa, el de que el escritor portuense estuvo esa tarde de mayo en un tendido del coso madrileño, sí conjeturo que no debió acompañarle ni Beatriz Amposta, inspiradora de los poemas de *Amor en vilo*, porque en 1982 ya

habían dejado atrás su apasionada relación. Tampoco María Asunción Mateo, a la que conoció el año siguiente, en Baeza, en concreto el 10 de abril de 1983, y sería la musa de las *Canciones para de Altair*, y la persona con quien contrajo matrimonio en 1990.

Imagino que, aparte de interesarle aquel día ir a los toros por el hecho mismo de ir, uno de los atractivos añadidos que pudieron suscitar el interés de Rafael Alberti fue el anuncio de que el hoy mítico torero Yiyo iba a confirmar en Las Ventas la alternativa que el año anterior le otorgó Ángel Teruel en la feria de San Pedro de Burgos, el 30 de junio, actuando José Mari Manzanares como testigo. Y precisamente el alicantino sería ese 27 de mayo de 1982 quien le cedería los trastos, esta vez para confirmar su doctorado, en presencia de Emilio Muñoz. Con lo que no debió contar el poeta es con encontrarse con otro evento venteño que le decepcionaría casi tanto como la corrida de Beneficencia de 1979.

La corrida no tuvo demasiada historia, aunque todas tienen al menos la del hecho mismo de celebrarse. Poca cosa de valía taurómaca pudo quedar, por tanto, en la retina y en el recuerdo del poeta gaditano. José Mari Manzanares no supo estar a su propia altura torera, según parece. Emilio Muñoz salió «destemplado» por salir a la plaza con 39 grados de fiebre, informaba Vicente Zavala en su crónica del festejo en el diario *ABC* del viernes 28 de mayo. A El Yiyo le correspondió un lote nada apto para mostrar al público su mejor versión.

Dos de las fotografías con las que se ilustraba el comentario del citado crítico llevan sendas notas al pie que me resultan jugosas. En una se dice del trianero Muñoz que actuó «con una total falta de ausencia de su mejor virtud: el temple» (página 60). En la otra aparece el madrileño toreando con la izquierda, y se comenta así el pase captado por la cámara: «Un buen natural de El Yiyo» (página 61). A juzgar por lo que veo en ambas instantáneas, y con el hándicap de no haber estado allí, que

es lo que daría verdadera credibilidad a mi opinión, probablemente el que es recordado como Príncipe del toreo fue quien al menos dio alguna muestra del temple que atesoraba como uno de sus sellos más indelebles, pese a que no pudo saborear Alberti ni los espectadores de esa tarde la ya muy acreditada maestría de su tan personal concepto artístico.



Imagen 1.- Entrada del aficionado José Campos Cañizares de la corrida de toros de la Feria de San Isidro del 27 de mayo de 1982.

PLAZA DE TOROS DE MADRID

SAN ISIDRO '82

ESPADAS:

José Mari MANZANARES
EMILIO MUÑOZ
JOSE CUBERO YIYO

SEIS TOROS
de don FELIX CAMENO,
de Badajoz

MADRID TOROS SA
DISTRIBUCION GRATUITA

JUEVES
27
MAYO



LA TAUROMAQUIA, FRANCISCO DE GOYA.
Treinta y tres estampas.

N.º 14. El diestrisimo estudiante de Falces, embazado burla al toro con sus quiebras

Imagen 2.- Portada del programa de la Feria de San Isidro de la corrida del 27 de mayo de 1982, con la firma de Rafael Alberti.